

Geishas rivales Nagai Kafu



Geishas rivales (1917) es un brillante recorrido por los distritos del placer del Tokio de principios de siglo XX, un mundo de artistas, geishas, prostitutas, poetas y «gente perdida» que el autor, Kafu Nagai, un clásico de las letras japonesas modernas, conoció muy bien: «En Tokio e incluso en Occidente, no he conocido prácticamente otra sociedad que la de las cortesanas», decía. Un sorprendente erotismo y una escritura lírica, detallista y viva iluminan en esta magnífica novela «los conflictos en torno a la dignidad y la compasión» que siempre surgen «al relacionarse un hombre y una mujer».

Nota al texto

Geishas rivales (Udekurabe) se publicó en trece entregas en la revista japonesa *Bunmei* [Civilización], que el mismo Nagai Kafu dirigía, entre agosto de 1916 y octubre de 1917. Luego, en diciembre de 1917, y al cabo de muchas enmiendas, el autor sufragó su publicación en forma de libro en una edición limitada de 50 ejemplares. En febrero del año siguiente, 1918, la editorial Shinbashido publicó una versión mutilada —se eliminaban unas veinte páginas— en la cual se omitían las descripciones de las escenas de alcaoba o se retocaban por otras menos atrevidas. En noviembre de 1954 se publicó por fin una edición completa, idéntica a la original de 1917 y limitada a 500 ejemplares. Éste ha sido el texto que ha servido de base a la presente versión castellana, volumen 6.º de las *Obras completas* de Nagai Kafu (Tokio, editorial Iwanami, 1962).

Personajes principales de la obra

Gozan: dueño de la casa de geishas Obanaya, narrador de historias tradicionales.

Hamamuraya: véase Segawa.

Hanasuke (Hana-chan): geisha empleada en la casa Obanaya.

Itshi: véase Segawa.

Jukichi: dueña de la casa de geishas Obanaya, mujer de Gozan.

Kaname Yamai: escritor, parásito del mundo de las geishas y del teatro.

Kikuchiyo: geisha de la casa Obanaya, rival de Komayo.

Kimiryu: geisha de la casa Minatoya, rival de Komayo.

Komayo (Koma-chan): protagonista, geisha empleada en la casa Obanaya.

Nanso Kurayama: periodista y crítico de arte, amigo de Gozan y de Segawa.

Niisan, niisan: véase Segawa.

Rikiji: antigua amante de Yoshioka, dueña de la casa de geishas Minatoya.

Segawa (Itshi Segawa, Hamamuraya o niisan): actor de kabuki, amante de Komayo.

Yoshioka: *danna* de Komayo.

I. Entreacto

Durante el intermedio, en el pasillo del Teatro Imperial de Tokio se amontonaba la gente que, empujándose, iba y venía de un lado para otro. A una geisha a punto de subir por la escalera central le faltó poco para chocar con un caballero que bajaba. Los dos se miraron sorprendidos.

—¡Anda! ¡El señor Yoshioka...!

—¡Caramba! ¡Tú...!

—¡Cuánto tiempo sin verle!

—¿Has vuelto, entonces, a trabajar de geisha...?

—Pues sí... desde finales del año pasado. Ya ve... Aquí estoy otra vez.

—Bueno, bueno... Hacía tanto que no te veía...

—Sí, desde entonces... Después lo dejé... Exactamente hace siete años.

—¿De verdad? ¿Han pasado ya siete años?

Se oyó entonces el timbre anunciando la subida del telón. La confusión en el pasillo aumentó aún más con el forcejeo de la gente por llegar cuanto antes a su asiento. La geisha, juzgando afortunado un momento en que nadie se fijaba en ella, lo aprovechó para acercar su cuerpo al del caballero. Mirándolo a la cara, le dijo:

—Usted no ha cambiado nada.

—¿De veras? Pues tampoco tú. Es más: hasta diría que has rejuvenecido.

—¡Déjese de bromas...! A esta edad...

—¡Qué dices! De verdad: no has cambiado en nada.

Yoshioka observaba con asombro el rostro de la mujer. Recordó el tiempo en que ejercía de geisha con apenas dieciséis o diecisiete años. Ahora, unos siete años después, debía de tener unos veintitrés o veinticuatro. Pero la figura de la mujer que ahora tenía delante no parecía en absoluto mayor a la de aquel día en que fue ascendida de simple aprendiz a geisha hecha y derecha. De estatura media, los hoyuelos profundos que aún destacaban en su cara graciosamente mofletuda de ojos grandes, y los labios que dejaban ver, cada vez que sonreía, el colmillo derecho revelaban ese aire infantil todavía no perdido.

—¿Sería posible vernos pronto y con más calma?

—Y ahora, ¿cuál es tu nombre de geisha? ¿El mismo de antes?

—No. Ahora mi nombre es Komayo.

—Ah, ¿sí? Bien, te llamaré un día de estos...

—Sí, por favor.

Del escenario llegó el sonido de las tablillas que señalaban la continuación de la obra.

Komayo, con su paso menudo y rápido, se fue por la derecha del pasillo a su asiento. Mientras, Yoshioka empezó a tomar la dirección contraria también con paso rápido; pero de pronto, como si se le hubiera ocurrido algo, se detuvo y volvió la cabeza. En el pasillo sólo deambulaban una joven acomodadora y una vendedora. No había ni rastro de Komayo. Se sentó entonces en uno de los bancos del pasillo, encendió un puro y se puso a divagar sobre los sucesos de siete u ocho años antes... Se había licenciado a los veinticinco años y, después de irse a Occidente, donde pasó dos años, entró en la empresa en la que estaba empleado ahora. Desde entonces, en esos seis o siete años —ahora que lo pensaba bien— había trabajado de firme en la misma compañía. Había invertido en bolsa y amasado una pequeña fortuna. Se había labrado, además, una posición social. También lo había pasado bien; y —pensaba Yoshioka

— había bebido bastante, aunque sorprendentemente su salud no se había resentido. Como decía con orgullo a las personas de su entorno, era, en suma, una persona muy ocupada: sin tiempo siquiera de pensar, ni una sola vez, en aquellos días ya lejanos. Pero esa noche en que por un puro azar acababa de reencontrarse con esa mujer que lo había introducido en el mundo de las geishas cuando él no era más que un simple estudiante, los viejos recuerdos, sin saber bien por qué, parecían rebullir y agolpársele por primera vez en la memoria.

En aquellos años en que no sabía nada, la simple existencia de las geishas le parecía envuelta en un hechizo misterioso e irresistible. Cualquier palabra de una de esas mujeres lo embargaba de una felicidad indescriptible. Hoy, por mucho que lo intentara, ya no podía recuperar aquella sensación ingenua y pura de entonces.

Cuando desde el escenario llegaron a sus oídos las notas del *samisén*^[1], le vino a la memoria la primera vez que fue al barrio tokiota de Shinbashi. Hoy este recuerdo le parecía tan gracioso que, sin querer, una sonrisa se dibujó en sus labios. Tampoco pudo evitar sentirse un poco extraño al pensar que ahora era un hombre curtido en ese campo donde florecían diversiones de todos los colores. Incluso, al reflexionar en la astucia y el cálculo que adoptaba en su relación con la gente, llegó a sentir cierta incomodidad. «Me he servido de la astucia hasta en ese campo... pero también he sido demasiado exigente con los detalles...». Ahora lamentaba haber llegado por primera vez a este conocimiento de sí mismo.

Podía ser completamente cierto. En su empresa, a Yoshioka le habían confiado un puesto importante, el de jefe del departamento de ventas, a pesar de no llevar en ella ni diez años. El presidente y los gerentes lo valoraban como un empleado dotado de gran talento para los negocios. Por otra parte, sin embargo, no podía decirse que gozara de popularidad entre sus compañeros y subordinados.

Hacía unos tres años que mantenía a una geisha de nombre Rikiji^[2], la cual trabajaba por su cuenta e incluso poseía su propia agencia de geishas, llamada Minatoya, en el mismo barrio de Shinbashi. Pero Yoshioka no era el típico *danna*^[3] que podía ser manejado como a su mantenida le diera la gana. Para empezar, sabía —porque lo veía con sus propios ojos— que las facciones de Rikiji no eran bellas. Pero era una mujer que dominaba su oficio a la perfección y que en todas partes era reconocida como una *neesan*^[4]. Para un hombre como Yoshioka, cuyo trabajo le exigía una vida social intensa, era conveniente mantener a una o dos geishas a las que confiar los banquetes y agasajos a clientes. Fingiendo estar enamorado de Rikiji, lograba reducir gastos innecesarios.

Tenía, además, otra mantenida. Era la dueña de un *machiai*^[5] llamado Murasaki que por su aspecto no desdecía en absoluto del barrio en que estaba situado, en Hamacho, el centro de Tokio. Un día, Yoshioka, dominado por el síntoma habitual de quien empieza a cansarse de las geishas, se echó a las espaldas una responsabilidad mucho mayor cuando, bajo los efectos de alcohol, sedujo a esta mujer que entonces trabajaba de camarera en un restaurante del barrio de Daichi. Cuando recuperó la sobriedad, se arrepintió de lo sucedido, temeroso de que las geishas que coincidían con él en fiestas se enteraran de que había tenido una relación con una humilde camarera. En este caso, fue ella la que intentó sacar partido. Con la promesa por parte de ella de ocultar discretamente el suceso y evitarle así complicaciones posteriores, Yoshioka accedió a poner secretamente a su disposición un capital suficiente para que abriera ese establecimiento, el *machiai* Murasaki. Por fortuna, el establecimiento se hizo con una nutrida clientela hasta tal punto que diariamente sus salones no daban abasto para responder a la demanda. En tales circunstancias, hubiera sido absurdo no frecuentar ese *machiai* después de haber inver-

tido en él un capital importante. Así que Yoshioka empezó a ir allí al principio a tomar algo, hasta acabar recayendo en la relación clandestina con la dueña. Esta mujer, que este año cumplía treinta años, estaba dotada de generosas curvas y de un cutis blanco. Aunque podía decirse, naturalmente, que era refinada comparada con las mujeres ajenas al mundo del entretenimiento, al lado de las geishas resultaba bastante tosca y producía cierta sensación de espesa gravedad. En otras palabras, su aspecto físico y su personalidad fuerte, comunes en las camareras que pululan en el mundo de las geishas, estimulaban no el espíritu de Yoshioka, sino, como había ocurrido el día de la borrachera, simplemente su apetito carnal. Era una relación desigual de la que se arrepentía nada más consumarla físicamente, pero en la que recaía poco después. Así, una y otra vez, con recaídas y arrepentimientos, se mantenía este lazo insatisfactorio que, sin embargo, presentaba visos de ser inquebrantable.

«Si no me equivoco, Komayo tenía entonces diecisiete, y yo, veinticuatro», se decía Yoshioka recordando los sentimientos simples e inocentes de aquella época en que solicitaba repetidamente el servicio de la joven. Al contrastarlos con las relaciones complicadas de ahora, sentía el corazón invadido de una sensación hermosa e inexplicable, como si mirara una obra de teatro o leyera una novela. Sí, una sensación hermosa y, por lo tanto, infantil; pero, al mismo tiempo, extraña y vagamente irreal.

—¡Vaya! ¡Si estás aquí! Y yo que llevaba un buen rato buscándote por todas partes...

Era un hombre bajo y gordito, vestido a la occidental. Parecía haber tomado una buena dosis de whisky o de otro licor en el restaurante de la primera planta del teatro. Su rostro, redondo y feliz como el del dios Ebisu, uno de los siete dioses de la buena suerte, estaba enrojecido y de la punta de la nariz le colgaban unas gotitas de sudor.

—Han llamado por teléfono hace un momento... —añadió.

—¿Quién? —preguntó Yoshioka.

—Los del sitio de siempre.

Después, asegurándose de que no había nadie cerca, el hombre gordito tomó asiento al lado de Yoshioka.

—Parece que últimamente no vas mucho por Minatoya —dijo.

—¿Ha llamado ella? —preguntó Yoshioka.

—A decir verdad y suponiendo de quién era la llamada, creo que no he contestado mal. Pero ha sido lo de siempre. ¡Ay, qué pena! —exclamó el hombre gordo echándose a reír.

—Bueno, parece que Rikiji sabe que estamos aquí esta noche, ¿verdad?

—Seguro que alguna de las que han venido a ver la obra la ha avisado. En fin, ha dicho que al volver pasemos por su casa aunque sea sólo un rato.

—¿Sabes una cosa, amigo Eda? Más que eso, me interesa una historia extraña que me acaba de suceder esta noche... —explicó Yoshioka mirando alrededor e invitando a Eda a un cigarrillo de boquilla dorada—. Vamos al restaurante.

—Otra vez el asunto de Hamacho, ¿a que sí?

—No, nada que ver con ese asunto del pasado. Ahora es algo romántico.

—¿Sí? ¡Cuenta, cuenta!

—Es una historia que parece sacada de una novela...

—¿De veras? ¡Uy, qué interesante parece! —exclamó Eda acompasando sus exclamaciones con las palabras de Yoshioka mientras lo seguía por el pasillo en dirección al espacioso restaurante del sótano.

—Whisky como siempre, ¿no? —preguntó Yoshioka.

—No. Esta noche estoy ya un poco achispado, así que tomaré una cervecita. Sería demasiado pronto si doblara las rodillas ahora... ¡Ja, ja, ja!

Mientras reía estremeciendo todo el cuerpo y arrugando el semblante, se enjugaba el sudor de la frente con un pañuelo. Por su aspecto y manera de hablar, cualquier observador podría darse cuenta de que Eda adulaba a Yoshioka. A pesar de las entradas de su frente y del escaso pelo rizado de su cabeza, su edad no era muy diferente de la de Yoshioka. En la empresa de éste, Eda trabajaba en el departamento de bolsa y siempre era el encargado de organizar los banquetes o las fiestas de agasajo a los clientes de la empresa. No tenía nada de extraño, por lo tanto, que en el mundo de las geishas fuera tan popular como el mismo Yoshioka, el jefe de ventas. En todas partes sabían que el señor Eda de la compañía X era un tipo divertido e inocente aficionado a beber; y no sólo las geishas, sino hasta las camareras de los machiai, se tomaban la libertad de hablar de él con una desenvoltura jocosa que rayaba en la mala educación, pero que a Eda nunca lo incomodaba. Cuando todas esas mujeres se burlaban de él o le gastaban bromas, Eda les seguía la corriente tratándose a sí mismo como si no tuviera un ápice de dignidad. Decían, sin embargo, que en casa tenía tres hijos y que la mayor de ellos ya estaba en edad casadera.

—Vamos a ver... ¿de qué se trata esa historia extraña?
—preguntó Eda sosteniendo en la mano la cerveza que le sirvió el camarero y mostrando claramente que era todo oídos—. No me digas que vas a adelantarte a mí haciéndome una confidencia amorosa.

Y soltó una risa bonachona.

—La verdad es que me gustaría hacértela, amigo mío.

—¡Oh, oh! Eso sería caer en un pecado mortal...

—¡Venga, Eda, déjate de bromas! Esta noche, por primera vez, me he sentido cautivado por una mujer.

Tras estas palabras, Yoshioka miró con inquietud a un lado y a otro, pero en el restaurante amplio sólo había dos o tres camareros que hablaban en un rincón alejado. Únicamente los acompañaba la luz de las lámparas que hacía bri-

llar el blanco de los manteles de un comedor sin comensales y que avivaba aún más el color de las flores occidentales colocadas en las mesas.

—Te aseguro, Eda, que se trata de una historia seria.

—¡Que sí, hombre, que te creo! Puedes ver, además, que te escucho con mucho respeto.

—No me salen las palabras... Como te lo tomas todo a chirigota... Me resulta difícil contarte ahora una historia seria. Bueno, el caso es que... Pues eso, que hace un rato me he encontrado por casualidad con ella..., ahí en la escalera.

—¿Y qué?

—Es una mujer que conocí cuando era un simple universitario.

—¿Se trata de una señorita? ¿O es que me vas a salir con que es una respetable mujer casada? ¿A que sí?

—No corras tanto. No es nadie ajeno al mundo del entretenimiento... Es una geisha.

—¿Una geisha? ¡Vaya, vaya! Así que te iniciaste a una edad tierna, ¿verdad, pillín?

—Fue la primera geisha que conocí en los años en que empezaba a darme al vicio. Entonces se llamaba Komazo. No sé, tal vez disfruté a su lado un año o así. Entre tanto, me licencié y en seguida tuve que irme a Occidente. Pero, por favor, no creas que, cuando nos separamos, no llegáramos a un arreglo conveniente en ese momento.

—Te creo, hombre, te creo —asintió Eda, sin dejar de soltar generosamente bocanadas de humo del cigarrillo que le había dado Yoshioka.

—Parece ser que después de siete años ha vuelto al oficio. Ahora se llama Komayo y trabaja en Shinbashi.

—Komayo... ¿Y de qué casa es?

—No le pregunté más que el nombre. No sé nada de las circunstancias en que se encuentra, ni si ha sacado la licencia de geisha por su cuenta o si trabaja con dinero prestado.

—Bueno, nos enteraremos en seguida... Bastará con que ponga a alguien a preguntar por ahí discretamente...

—De todos modos, tiene que haber alguna razón para que haya vuelto al oficio después de nada menos que siete años. ¿Qué tipo de persona se ha encargado de ella todo este tiempo? La verdad es que me gustaría también saberlo.

—Bueno, bueno, lo sabremos con una investigación bastante detallada.

—¡Qué remedio queda! Lo mejor es saber todo desde el principio. Suele ocurrir que uno seduce a una mujer que después resulta ser la amante de un amigo, y acaba así creándose un enemigo.

—Bueno, si esta historia tuya corre tan rápido, no me puedo quedar aquí sin hacer nada. Lo primero será que me la enseñes para adorarla sólo una vez con los ojos... A ver... ¿Dónde está sentada? ¿En los palcos?

—No lo sé. Yo acabo de verla en el pasillo.

—A algún sitio tendrá que ir cuando salga del teatro. Como vamos a regresar juntos, déjame en esta ocasión juzgarla tranquilamente.

—Sí, por favor.

—Al final, a Rikiji le tocará quedarse fuera... Pobrecilla, ¿verdad? —dijo Eda.

—No pasa nada. Estará bien. Ya sabes que hasta ahora la he cuidado bastante. Aunque yo desaparezca de su vida, cuenta con cuatro o cinco geishas de jornada completa. Ni siquiera a ella le faltan compromisos regulares. Así puede vivir divinamente...

Por el pasillo entraban algunos espectadores hablando indiscretamente y en voz alta. Al darse cuenta, Yoshioka se calló. Desde el escenario llegaba el tableteo que solía acompañar las escenas de batallas.

—¡Camarero, la cuenta...! —llamó Yoshioka levantándose de su asiento.

—Gracias por venir esta noche...

Con esas palabras la señora del machiai Hamazaki saludó respetuosamente de rodillas y con ambas manos en el suelo a los clientes que entraban en su casa. Y añadió:

—¿Y de dónde venían los señores...?

II. Una joya

—Nos invitaron al Teatro Imperial. Un compromiso con el señor Fujito. Era una obra sólo para actrices.

Era Yoshioka quien, todavía de pie, había respondido mientras empezaba a quitarse la *hakama*^[6]. Siguió diciendo:

—No es fácil ser el *danna* protector de las actrices. Ya sabe usted. Uno se siente obligado a andar siempre buscando espectadores para que vayan a verlas.

—Pues sí... Por eso son mejores las geishas, las artistas. No causan ninguna molestia —dijo la señora mientras se sentaba junto a una mesa roja de sándalo. Y, dirigiéndose al acompañante de Yoshioka, le preguntó—: ¿Y usted, señor Eda? ¿Qué tal si se cambia ya de ropa? Como parece que tiene mucho calor...

—Bueno, con calor y todo, esta noche voy a aguantar. Además, ya sabe usted que la *yukata*^[7] no me queda muy bien. Me parezco con ella a ese personaje de la obra de kabuki *Iseondo* que al final rebana el sable de un samurái.

—¡Ay, señor Eda, con lo bien que viste usted...!

—Señora... —dijo finalmente Eda—, la verdad es que tengo un ruego que hacerle...

—Lo que sea... Dígame.

—Gracias. Esta noche, con el permiso aquí del señor Yoshioka, yo haré de jefe. ¿De acuerdo? Por eso, quiero